

EL MITO PLATONICO DE LA ATLANTIDA, FRENTE A LA TEORIA DE LAS VINCULACIONES TRAS-ATLANTICAS PREHISTORICAS ENTRE EL VIEJO MUNDO Y AMERICA

PO R
JUAN SCHOBINGER

El renacimiento, sobre bases científicas, de la teoría de la realidad de navegaciones prehistóricas o protohistóricas desde Europa Occidental y el norte de Africa hacia los sectores centrales del Continente americano (cuya formulación específica está dada por el trabajo de Alcina, 1969), plantea nuevamente un problema que se creía superado: el de la relación de la Atlántida de Platón con América. El mismo puede formularse de dos maneras: a) Cuál es la base real, geográfica y culturalmente hablando, de la descripción platónica, y si la o las tierras y culturas que proporcionaron esta base tuvieron alguna vinculación con el «Nuevo Mundo», y si, por lo tanto, pueden considerarse como una pieza más, más o menos importante, en el supuesto proceso de difusión. b) En el caso de no haber una base real atlántica (sea en las costas eurafricanas, sea en islas como las que se hallan en el Atlántico Norte, sea en partes hoy sumergidas —esto último en caso de tomarse literalmente el texto platónico—), ver la posibilidad de que la Atlántida sea en realidad América o, respectivamente, una parte de la misma (alguna isla o islas de América Central, por ejemplo). Es decir, en cierto modo, si la *Antilia* («anti-isla») medieval reflejaba míticamente (o pre-

anunciaba) a América, a su vez la Atlántida platónica, al igual que su paralelo mítico las Islas de los Bienaventurados, reflejaría y/o preanunciaría a la Antilia/América. Si hasta ahora creíamos que «no es necesario suponer, como lo han hecho algunos, que tanto el relato de tierras lejanas y desaparecidas como la idea de las "antiecumenes" sean reminiscencias de antiguos viajes casuales al continente americano, de los que no existen pruebas de ninguna clase»¹, ello se debía más que nada a que no se había planteado aún una teoría —o mejor, hipótesis de trabajo— sobre bases científicas acerca de antiguas conexiones culturales entre el Viejo Mundo y América por vía trasatlántica. Existiendo ahora ésta (aunque lejos aún de tener muchos puntos a su favor), corresponde volver a analizar con nuevos elementos de juicio lo que Imbelloni llamó «la Atlántida del Americanista».

Una variante, y en realidad más conforme con el texto platónico, es la identificación con América de la «Tierra Firme» (ἤπειρος), situada alrededor del «verdadero mar» que limitaba a la Ecumene centrada en el mundo mediterráneo. Esta es la opinión de varios escritores de la época del Descubrimiento (padre Las Casas, López de Gomara, Zárate, fray G. García). Sarmiento de Gamboa fue el primero en sentar la tesis de un poblamiento de América como efecto de la migración hacia Occidente de una parte de los habitantes de la «isla Atlántica», que a su vez habrían venido desde el Oriente tras el Diluvio («.. Indias de Castilla o América, que luego inmediatamente tras el Diluvio se tornó a poblar .. por medio de las primeras gentes viniéndose por la tierra de la isla Atlántica»)². Esta última era imaginada con un extremo muy cerca de las costas españolas, en la zona de Cádiz, y uniéndose en el otro con el continente americano (esto último en contradicción con la descripción platónica). Por su parte, algunos cosmógrafos de los siglos XVI y XVII denominan «Atlántida» al nuevo continente³, lo que alguno justifica diciendo que

¹ Schobinger, 1949, pág. 21.

² S. de Gamboa, 1906 (1572), pág. 25, cit. por Vivante e Imbelloni, 1939, página 59.

³ G. Postel, 1561; N. y G. Sanson, 1689.

Atlántida no quedó para siempre sumergida, sino que volvió a emerger en la forma americana⁴. Ya en el siglo XIX, Jacob Krüger, uno de los primeros en creer que los fenicios llegaron a América, también identificó a ésta como la Atlántida (1855). Otra variante: que es «un fragmento de la antigua Atlántida»⁵.

Quien sistematizó por primera vez, con fundamentos que hoy llamaríamos etnológicos, la teoría del poblamiento «atlántico» de América, fue el conde Giovanni Rinaldo Carli, a fines del siglo XVIII. Las semejanzas de civilización entre muchos pueblos antiguos del Viejo y del Nuevo Mundo se explicaban mediante una vía de comunicación, «una tierra de muy grande extensión..., existente quizás hace más de seis mil años»⁶. Las opiniones de estos autores oscilan entre considerar a la Atlántida como un mero puente de pasaje o como verdadera cuna de la Humanidad, y más concretamente de los indígenas americanos⁷. Con ello, surge implícitamente la ecuación Atlántida = Paraíso Terrenal, y Cataclismo Atlántico = Diluvio bíblico.

La pregunta de si la Atlántida, o bien la «Tierra Firme» situada más allá del Océano, y hasta la cual se podía llegar en tiempos de la existencia de la Atlántida, reflejan contactos o navegaciones muy anteriores a la época griega clásica, debe integrarse con otros relatos sobre tierras existentes en el «lejano Oeste», situadas a veces en el Océano, a veces aún más allá (Islas de los Bienaventurados, Islas Afortunadas, Campos Elíseos —situados «donde se pone el sol»—, Ogygia o Tierra de Cronos, según Plutarco, para no citar sino las de la Antigüedad Clásica).

Antes de intentar contestar esa pregunta se impone un análisis crítico sobre el problema. Para ello hay que partir de la concepción antigua —greco-oriental— de la Tierra y del Cosmos, a su vez reflejo o hipóstasis de la antigua imagen mítica surgida en el seno de los templos protohistóricos.

Veamos, por ejemplo, cómo ello se presenta en Homero (ca. 800 a. C.): la Tierra es un gran disco, cuyo centro es el Mar

⁴ C. Paw, 1768.

⁵ J. Bircherodius, 1683; idea retomada hasta por autores de nuestro siglo.

⁶ Carli, 1784, pág. 177, cit. p. Vivante e Imbelloni, 1939, pág. 74.

⁷ Por ej. Brasseur de Bourbourg, 1868, 1871.

Egeo, y cuyo borde lo forma el cinturón inmenso del Océano, que como un río ciñe la «tierra firme» eurasiática; en él se sumerge diariamente el sol por el Occidente, para volver a surgir del mismo por el Oriente. En el nombre Ὠκεανός (así como en su equivalente Ὠγήν), considerado ya por los antiguos de origen «bárbaro», se descubre la raíz fenicia *uk*, emparentada con la hebrea *og*, que significa «circunferencia»⁸. Es ésta una notable muestra de la importación conceptual (y en este caso también lingüística) y su adaptación propia, que constituye el punto de partida de la geografía griega.

La calificación homérica del Océano como «padre de los dioses» revela su naturaleza primitivamente no geográfica. El carácter fluvial que se le otorga hace pensar en una «tierra más allá» del mismo; idea que, si no mencionada explícitamente en Homero, tuvo sostenedores en épocas posteriores, hasta la temprana Edad Media⁹. Otro dato que completa su concepción es la del gigante Atlas, que sostiene las «grandes columnas que separan el cielo de la tierra». (Sobre esto, ver más abajo.) En el nombre de la isla Ogygia —sede de la ninfa Calipso— vemos la misma raíz semítica que en Okeanós.

En Hesiodo, algo posterior a Homero, el esquema es fundamentalmente el mismo, y el Océano continúa envolviendo circularmente a la tierra sólida; pero en sus descripciones se manifiesta más claramente el esfuerzo por adaptar los mitos de la epopeya a los más nuevos y más amplios conocimientos geográficos. Además de los pueblos y regiones del área mediterránea, también se alude al Atlántico y, vagamente, a la isla de Tartessos, zona en la que, por sus brumas y su situación occidental extrema, parece localizar la entrada al mundo infernal. Igualmente, localiza en estas regiones la actividad de Herakles, en relación con Atlas —que ahora es representado como sostenedor del mundo sobre sus espaldas— y con las Hespérides. Todo ello se relacio-

⁸ En el *Libro de los Proverbios* (VIII, 27) se habla de cuando Yahvé «estableció los cielos; cuando trazó un círculo sobre la haz del abismo». Ver también Job, XXVI, 7-12

⁹ Es conocido el arcaico esquema geográfico de Cosmas Indicopleustes (siglo VI A. D.), que incluye una «Terra ultra Oceanum».

na directamente con la frecuencia creciente de las navegaciones hacia estos lugares.

Un siglo y medio después, ya producida la colonización de algunas zonas, por rodios y calcidios primero¹⁰ y los focenses después (quienes fundaron Massalia/Marsella hacia 600 y Emporion/Ampurias hacia 550 a. C.), es delineada la primera carta geográfica (πίναξ) de que se tiene noticia en el mundo clásico; su autor es Anaximandro (610-546 a. C.), principal discípulo de Thales de Mileto. Tenía forma circular, según las reconstrucciones, presentando la masa continental como encerrando al Mediterráneo y, a su vez, totalmente rodeada por el Océano. Como la Tierra era imaginada en forma de un cilindro o tambor, cuya altura es 1/3 de su diámetro, debía suponerse una tierra o borde circumoceánico, que correspondería a la «otra orilla» del río oceánico de la concepción primitiva. Esta masa acuática envolvente ya no era de carácter mítico, sino que su existencia se basaba en el conocimiento que los focenses habían adquirido del Atlántico y en el testimonio de los viajeros que comenzaban a visitar el Mar Rojo y el Golfo Pérsico, a los cuales, así como al Mar Caspio (y anteriormente al Mar Negro), se los consideraba como brazos del Océano.

Es probable que Anaximandro haya conocido el famoso Periplo Massaliota, contenido en la *Ora Marítima* de Avieno¹¹. «El citado mapamundi no debía representar solamente la cuenca occidental del Mediterráneo, con las costas líbicas e ibéricas y el Estrecho de las Columnas, sino también la ciudad y el río de Tartessos y el Océano, con Oestrymnis (Bretaña), Albión (Inglaterra), Hierne (Irlanda) y con el Eridano-Rhin»¹².

Las tierras desconocidas del norte de Europa («de los Hyperbóreos») y del resto de Africa y Asia («de los Etiopes») estaban contorneadas esquemáticamente, de manera que todo el bloque continental formaba una gran isla circular, cuyo centro era el centro espiritual helénico: Delfos. Es la supervivencia del esquema primitivo.

¹⁰ García Bellido, 1940.

¹¹ *Fontes Hispaniae Antiquae*, I, edic. de A. Schulten, 2.ª ed., Barcelona, 1955.

¹² Schulten, 1945, pág. 110.

En los dos siglos que van desde la composición de la *Odisea* hasta la confección del mapa de Anaximandro se produce el interesante proceso de traslado y adaptación del teatro mítico a las regiones descubiertas, y, finalmente, la liberación de esta misma atadura mitológica. Esto último se refleja en los primeros periplos y cartas geográficas, y en la literatura geográfico-descriptiva de Hecateo de Mileto, Herodoto y Ctesias de Cnido, entre otros (siglos VI-V). Así, por ejemplo, Hecateo se opone a la identificación de los mitos con las comarcas del extremo occidental mediterráneo, específicamente lo referido al ciclo de Herakles.

Platón vive en un momento posterior, en que la libertad de movimientos de los griegos en el Mediterráneo occidental ha quedado algo reducida por el dominio púnico de España, norte de Africa y algunas de las islas. La casi mítica Tartessos —puente hacia las islas y costas atlánticas de Europa, así como hacia el occidente de Africa y, tal vez, el Golfo de Guinea— quedó destruida (fines del siglo VI a. C., según Schulten), y la actividad cosmológica continúa ahora orientada en sentido filosófico-simbólico. En el pitagorismo, sobre todo, se cultiva una tradición mítico-esotérica que tiene fuertes raíces en las concepciones arcaicas. Platón asimiló mucho del pitagorismo, reflejado en sus últimas obras, y sobre todo en el *Timeo*. Y es en este célebre diálogo, dedicado a la cosmogonía y al análisis de la naturaleza del hombre, en donde se halla, al principio, el tan conocido ἠαλαντικὸς λόγος luego desarrollado en el inconcluso diálogo *Critias*.

Pero, ¿qué es ἠαλαντικός, y por qué ese nombre? Se trata del reino, la isla o la comarca de Atlas. ¿Qué es Atlas?

Por un lado, se trataba del *sostenedor de las columnas* que en el confín del mundo habitado sostienen la bóveda celeste. También, o primitivamente, el *guardián* de las columnas que franquean el paso al Más Allá: las πύλαι —los Pilones, el Yakim y Boaz— y tantos otros símbolos que representan el «umbral» del Mundo Ultraterreno, espiritual; de lo que Platón llamaba el Mundo de las Ideas¹³. En el proceso ya mencionado de hipósta-

¹³ Diríamos que se trata de la figura del «Guardián del Umbral», luego sustituida por el Cancerbero. Una variante de esta figura la vemos

sis geográfica de los mitos, tenemos como una de sus manifestaciones a los estrechos marinos, sobre todo si son peligrosos y cortados a pico: Scilla y Caribdis, Columnas de Herakles (de Melkart para los fenicios)¹⁴. También existió una temprana asociación a la *montaña* (lugar sagrado para el pensamiento arcaico): el primer Atlas griego estaba situado en la Arcadia; se trataba, según Dionisio de Halicarnaso, del primer rey de esa comarca (a la que a su vez la tradición atribuía caracteres paradisiacos), que residía cerca del Monte Cauconio; sus descendientes sufrieron una inundación que los obligó a emigrar hacia la Troade¹⁵. También se asoció alguna vez al Atlas al Monte Ida de Creta, y al Monte Ida de la Troade; allí estaba la «sagrada Ilión», guardiana de otro estrecho: el Helesponto.

Paralelamente, y desde un punto de vista más profundo, vemos en Atlas una figura misterica; una premonición del Cristo, del Dios que sufre, que padece (según la etimología: τ λ á ω pa-derer, estar bajo un peso). Traspuesto al plano espacial, se lo coloca —en combinación con el sentido anterior— hacia el Occidente, donde se pone el sol: el mundo de Osiris, el *Amenti* egipcio; el mundo de la muerte para los mortales, pero de la vida eterna para quienes han sufrido el proceso de iniciación y han logrado *franquear el umbral*. Este es, precisamente, el caso de Herakles, como se verá más abajo¹⁶.

en el ángel (*cherubim*) con espada llameante, que guarda la entrada al oriente del Edén (*Génesis*, III, 24).

¹⁴ Otra manifestación la constituyen algunos pasos montañosos y desfiladeros (Termópilas!); la «Hohle Gasse» de la leyenda nacional suiza, etc. En América también hay ejemplos de esto.

¹⁵ Vivante e Imbelloni, 1939, pág. 232.

¹⁶ Es interesante que Prometeo, otra figura «sufriente», era, según la Teogonía de Hesíodo, hermano de Atlas. Ambos eran hijos del titán Japeto (hijo, a su vez, de Urano y Gea, y hermano por lo tanto de Cronos, padre de los dioses olímpicos) Esposa de Japeto fue Clmene, hija de Océano y hermana de las ninfas. En la mitología hesiódica Océano es también un retoño de Urano y Gea, es decir, de Cielo y Tierra.

En la mitología platónica, en cambio, Atlas es hijo de Poseidón (hijo de Cronos y hermano de Zeus), mientras que su madre es «aborigen»: Chto, hija única de Euenor y Leucippe, habitantes primitivos de la re-

En el proceso de proyección geográfica, varios sitios fueron denominados «columnas de Herakles» (por ejemplo el estrecho de Kerch, en el Mar Negro); pero fue el estrecho de Gibraltar el que recibió ese nombre por antonomasia. Confluyeron aquí su situación extremo-occidental dentro del mundo conocido, su proximidad a una alta y extensa cadena montañosa, en la que se veía cristalizado el ser que «sostenía el peso de la bóveda celeste» (el *Atlas*), y la salida de las aguas «internas» del Mar Mediterráneo a la inmensidad de las aguas «externas»: el Ὠκεανός —a su vez, hipóstasis del «río amargo» de los babilonios, del «río circular» (*og*) de fenicios y hebreos, del «río océano» de Homero—. Por su proximidad al Monte Atlas (o si se quiere, al reino de Atlas, que abarcaba toda la zona que rodeaba a las columnas—) este océano fue denominado Atlántico.

En los idiomas semíticos, los estrechos se denominan *bab*, «puerta» (por ejemplo, Bab-el-Mandeb), donde se percibe el mismo sentido mítico-geográfico de «puerta hacia el Océano»; es decir, originariamente, «puerta hacia el Mundo Espiritual»¹⁷.

¿Y quién es Herakles y por qué se relaciona con Atlas? Herakles-Melkart-Gilgamesh es el *iniciado*, el que siendo mortal obtiene por sí mismo acceso a la inmortalidad. Hay dos versiones de su iniciación: *a*) Rompe violentamente el obstáculo para llegar al «Más Allá» (cuya primera «región» es el Océano), abriendo así el Estrecho. Queda superado el «non plus ultra». *b*) Para uno de sus últimos Doce Trabajos —que representan, al comienzo, el camino de la expiación, y en su tramo final, el de la iniciación— obtiene la ayuda de Atlas, quien, como jefe del mundo liminar occidental Ἑσπερία (Hesperia), conoce el secreto y la ubicación de las «manzanas de oro de las Hespérides». El «jardín de las Hespérides», como los Campos Elíseos y las Islas de los Bienaventurados, son otros tantos nombres del Mundo Espiritual (o de ciertos sectores o facetas del mismo), en donde se

gión. El primero de los nueve hermanos de Atlas es Eumelos, también llamado Gadeiros, esto último derivado evidente de la Gadir fenicia.

¹⁷ Cfr. el nombre de una antigua ciudad templaria *Bab-ilu* (puerta de Dios = puerta para llegar al mundo de los dioses. Significado convergente con Teotihuacán. lugar de los dioses = lugar donde los hombres se convierten en dioses = lugar de iniciación).

encuentran las almas de los virtuosos, de los valientes y de los iniciados.

Atlas mismo le trae a Herakles las manzanas de oro (que algunos identifican hipostáticamente con la *granada* hispánica); pero para ello éste ha debido sufrir personalmente el «trabajo» de Atlas, de sostener —es decir, «llevar sobre sí»— todo el peso del mundo.

Todo lo dicho constituye un fondo importante a partir del cual hay que entender el mito platónico («historia muy singular, pero absolutamente verdadera»), que sin duda persigue en lo fundamental efectuar una descripción alegórica de realidades y procesos cósmico-espirituales, hipostasiados hacia el extremo occidental del mundo conocido. La proyección hacia el pasado de esa realidad utópica constituye la «Edad de Oro», la «Atlántida», el «Jardín de las Hespérides», equivalentes al Edén semítico (también imaginado como huerto o jardín).

Si alguna duda queda sobre el carácter y la función simbólica de Atlantis, hagamos una comparación con el mito final del *Fedón*, el dramático diálogo en que se narran las últimas horas de vida de Sócrates. Curiosamente, no hemos visto esta comparación en ninguno de los autores que se han ocupado del tema, sean «atlantófilos» o «atlantófobos». Para no alejarnos demasiado del tema, dejaremos la explicitación de este paralelismo para otro trabajo.

No cabe duda de que el *atlantikós lógos* no es un elemento extraño y prescindible dentro de la obra y la filosofía del gran maestro ateniense, sino que constituye una de tantas imágenes, verdaderas pero no materiales (εἰπὼς μύθος), con que está salpicada su enseñanza de contenido eminentemente «místico-científico». Mientras el *Fedón* presenta lo dicho en forma sólo espacial —por así decir—, en el *Timeo/Critias* hay una importante variante espacio-temporal, con concreta localización geográfica y también cronológica, por más que probablemente se trate de una cronología mítica («9000 años atrás»: casi lo mismo que decir «in illo tempore»)¹⁸.

¹⁸ La forma puramente temporal, sin proyección espacial muy pre-

La identificación de la Atlántida con el Paraíso bíblico, o, más ampliamente, con el mundo antediluviano, y la homología de los cataclismos que le dieron fin (o mejor dicho, el reconocimiento de que ambos constituyen un desgajamiento de un sistema más amplio de cuatro grandes cataclismos que dieron fin a cuatro eras o edades, hallándose ahora el narrador en la quinta edad), se debe a las pacientes y eruditas investigaciones de José Imbelloni¹⁹.

Hay un interesante «relleno» histórico-literario dado por Platón al relato que habría sido proporcionado por el sacerdote egipcio a Solón, y transmitido luego por varias bocas hasta Critias, quien lo habría referido en una reunión presidida por Sócrates destinada a tratar temas de gran profundidad ontológica. Empero los resultados de su estudio son hasta ahora un tanto contradictorios. Las identificaciones de la cultura de la Atlántida con la de Creta antigua (Frost, Brandensein), con Tartessos (Schulten), con la cultura Atlántica africana del golfo de Guinea (Frobenius), con la isla de Helgoland en el Mar del Norte (Spanuth), por no citar sino a las mejor fundamentadas, en realidad no son enteramente excluyentes. Hay numerosos elementos geográficos, históricos y culturales en la narración platónica, que él no pudo inventar, pero sí asimilar y «componer», dentro de la unidad de su propósito que, como dijimos, no era el de presentar una historia externa, ni tampoco una mera fábula o utopía. A las identificaciones anteriores se agrega ahora la más reciente: la que surge de excavaciones hechas en la isla volcánica

cisa y sin mayores detalles de tipo cultural, la constituirían los mitos del paraíso perdido.

¹⁹ «El diluvio no estaba por sí solo, sino formando parte de un sistema, definido numéricamente, de calamidades telúricas, regido por el juego de los Cuatro Elementos, y su definitiva supervaluación como forma destructora no era otra cosa que el efecto de mutilaciones recientes de aquel antiguo sistema, todavía no tan remotas que fuese imposible reconocer las cisuras» (Orta Nadal, 1968, pág. 21). Para los pueblos del Asia Occidental, el factor principal para la supervaluación de la destrucción hídrica debió ser la inundación producida en la Baja Mesopotamia hacia comienzos del cuarto milenio a. C., durante el período de El Ubad, cuyos rastros descubrió Wooley en Ur (Menghin, 1958).

de Thera o Santorín, en el Mar Egeo, en donde existió una ciudad minoica destruida por torrentes de lava²⁰.

Como conclusión, podemos considerar a Atlantis fundamentalmente como una realidad espiritual, puente —junto con otras islas²¹— en el tránsito de las almas (difuntas o iniciadas) hacia el «continente» situado del otro lado del «río Océano»; lo que transportado a la realidad tempo-espacial quedó hipostasiado en la Atlántida/Reino de Atlas = Edad de Oro/Paraíso Terrenal, el que en un proceso inexorable quedó perdido o alejado del mundo humano a raíz de la «pérdida del principio divino» (Platón), o la «caída en el pecado» (*Génesis*): En el ámbito más concretamente espacial, ello quedó identificado con la región del actual Estrecho de Gibraltar, el vecino *mar de Atlas* (considerado como materialización del Océano) y las costas del mismo. Diríamos, en resumen, que una hipóstasis más inmediata y cercana a la época de Platón —aún contemporánea con la época en que vivió Solón— sería el reino de Tartessos (cuya vida duró, según Schulten, entre unos 1200 y 500 a. C.); otra algo más lejana en el tiempo, la civilización minoica en sus fases de esplendor, incluyendo la colonia recientemente descubierta de Thera (ca. 2000-1400 a. C.), a su vez exponente mayor de la llamada cultura Poseidónica (Frobenius, Imbelloni) que se manifestó también en la citada cultura tartesia, en la de los etruscos, y con formas notablemente puras en la cultura africana occidental de Ife sobre el Golfo de Guinea. En cuanto al ataque de los pueblos de Occidente sobre el Egipto, es casi seguro que se refiere al de los «pueblos del Norte y del Mar» aliados a los libios, en las postrimerías del Nuevo Imperio egipcio, hacia 1200 a. C. (tesis de J. Spanuth, ya adelantada por otros)²². El cataclismo es mítico, pero pudo

²⁰ Luce, 1969.

²¹ *Tumeo*, 24 e).

²² Spanuth habla de los «atlantes nórdicos», que migraron desde las dislocadas costas del mar del Norte hacia el Mediterráneo y Africa; resulta interesante que por su parte el nordafricanista E. Zyhlarz habla de «Libios nórdicos» (grupo «hespérico»), poseedores de carros de guerra de tipo egeo, que a partir del siglo XIII se constituyeron en clase dominante entre los vecinos occidentales del Egipto. (En cuanto a la identificación física de Atlantis con Helgoland —considerando a esta isla

reforzarse hipostáticamente con uno o varios que tuvieron lugar en el área mediterránea (por ejemplo, el citado de Thera, a mediados del siglo XV), o aun de las costas e islas del Atlántico vecinas de España (como lo supone el oceanógrafo Le Danois para alrededor de 6000 a. C.)²³.

Más allá de este complejo mosaico de aspectos, no se debe excluir la posibilidad de que, en parte, el relato platónico refleje, no un reino, isla o cultura más antigua ni geográficamente localizada con precisión, sino un estadio de la evolución mental y cultural de la Humanidad, estadio o fase que se reflejaría sobre todo en culturas prehistóricas del occidente de Europa («corriente megalítica», III milenio a. C.), o más allá aún, en el Paleolítico Superior. Si fuera esto último, tendríamos que llegar a la conclusión de que las especulaciones de autores como D. Merejkovsky (más bien místicas y éticas), H. Poisson (antropológicas) y E. Uehli, seguidor de R. Steiner (más bien psicológicas), también poseen su parte de verdad. Tendríamos así una gran «época cultural atlántica», en que el pensamiento era intuitivo y no racional, en que el hombre se hallaba en estrecha relación con las fuerzas elementales de la naturaleza y del cosmos, y carecía de la plena conciencia del yo individual. La paulatina «materialización» de su pensamiento llevó, por un lado, a una economía productora y demás avances del Neolítico y épocas posteriores; pero también a la pérdida del «principio divino» —de la comunión directa con los dioses—.

Si ello es así —y hemos entrado sin querer en el terreno de la especulación, aunque, esperamos, no de la fantasía—, entonces tampoco carecerían tanto de sentido las opiniones que asociaban de algún modo el cataclismo atlántico con la Edad Glacial, y no sería total casualidad la coincidencia de la fecha consignada en el *Timeo* para aquél, con el último estadio dentro del retroceso glacial, Würm 4 o Salpausselka (aprox. 9000-8000 a. C.).

Se justificaría así, incluso, la especulación ocultista en relación con la Atlántida, aunque ésta ya no se basa en Platón, sino

como único resto de una tierra más amplia—, ha sido refutada con razón)

²³ Le Danois, 1940, págs. 98-101, 109.

que lo trae a colación para ayudar a justificar sus resultados pretendidamente obtenidos por clarividencia. Hay, en realidad, una interesante coherencia entre el sistema cosmogónico y antropogónico de cuatro grandes épocas o estadios anteriores al actual (siendo el último el Atlántico) de los teósofos y el *παλαιός λόγος* tan pacientemente estudiado en sus manifestaciones mediterráneas y sobre todo americanas por José Imbelloni. Así se explica, también, la coherencia profunda con Platón, tanto el del *Timeo* y *Critias* como el del *Fedón* y otros escritos.

La conclusión principal de este largo pero necesario excursus es que la Atlántida de Platón es primariamente una realidad mítico-espiritual, y secundariamente, histórico-cultural en sentido amplio; pero no una realidad geológica ni geográfico-histórica literal. Su ubicación en la zona cercana al Estrecho de Gibraltar (Columnas de Herakles o Hércules) es enteramente simbólica, y su posible equiparación con las islas Azores, Madeira o Canarias, enteramente *a posteriori*. Lo mismo respecto a la posible identificación del «continente» (*ἡπειρος*) ubicado del otro lado del Océano, con el continente americano.

La Atlántida, con todas sus connotaciones, debe ser restituida a su verdadero lugar: el Reino del Espíritu, y el de las profundidades del alma humana.

* * *

Si hoy día un estudioso afirmara ingenuamente que las tierras misteriosas situadas en el Océano Atlántico de que se hablaba en la Antigüedad clásica constituyen «una reminiscencia de un pasado lejano, y que posiblemente hubo relaciones entre los dos grupos de continentes, el eurafriano y el panamericano, y que estas relaciones quedaron truncadas a consecuencia de un cataclismo»²⁴, ello no sería admisible en virtud de todo lo dicho antes.

Y sin embargo, el rechazo absoluto tampoco sería científicamente correcto. Precisamente la complejidad de las «realidades de la Atlántida», sus múltiples facetas, su carácter de realidad

²⁴ M. Desseffy, 1960.

múltiplemente trasladada e hipostasiada, lleva a admitir que bajo ese nombre podría *también* ocultarse un eslabón cultural entre el Viejo Mundo y la América prehistórica. Y no sólo en un sentido genérico y ecuménico, sino concretamente geográfico trasatlántico. Pero los indicios de ellos son endeble, y por ahora nos mantenemos escépticos al respecto, así como en relación a los contactos trasatlánticos en general en cuanto pudieran tener consecuencias significativas sobre el desarrollo cultural americano. Nos seguimos ateniendo al importante hecho, señalado primeramente por Ratzel: «Mientras el Océano Atlántico, antes de ser surcado por los europeos, ha tenido el papel de un verdadero abismo, el Pacífico fue el teatro de las más activas comunicaciones intercontinentales»²⁵. En el siglo XV, ninguna isla del Atlántico estaba habitada —salvo las más cercanas a la costa—, como no lo estuvo Islandia en el norte hasta su ocupación por escandinavos en el siglo IX. En cambio, en aquel mismo siglo de los descubrimientos, casi no había isla en el extenso Océano Pacífico que no estuviera poblada. Los contactos e influencias culturales transpacíficas tienen hoy indicios y pruebas sólidas (comenzando con la cerámica de Valdivia en Ecuador, III milenio a. C.); no así la vía directa trasatlántica, salvo tal vez para elementos aislados y relativamente intrascendentes.

BIBLIOGRAFIA

- ALCINA FRANCH, José:
1969 *Origen trasatlántico de la cultura indígena de América*, «Revista Española de Antropología Americana», vol. IV, págs. 9-64 Madrid.
- BRANDENSTEIN, Wilhelm:
1951 *Atlantis. Grösse und Untergang eines gemnisvollen Inselreiches*. Viena.
- BRASSEUR DE BOURBOURG, Etienne:
1968 *Quatre lettres sur le Mexique*. París.
1871 *Bibliothèque mexico-guatemalienne*. París.
- CARLI, Giovanni Rinaldo:
1784 *Lettere Americane*. Florencia. (Hay traducciones al alemán y al francés.)

²⁵ Cit. p. Vivante e Imbelloni, 1939, pág. 385.

DESSEFFY, M.:

- 1960 *L'«Atlantide» et le «Far West» des chroniqueurs anciens interprétés a la lumière de l'éthnologie moderne*. VI Congrès Int. des Sciences Anthropologiques et Ethnologiques (París, 1960), Resúmenes, hoja 68. (No publicado en las Actas.)

FROBENIUS, Leo:

- 1949 *Mythologie de l'Atlantide*. París. (Traducción de «Die Atlantische Gotterlehre», Jena, 1926).

FROST, K. T.:

- 1963 *The Critias and Minoan Crete*. «Journal of Hellenic Studies», volumen 33, págs. 189-206.

GARCÍA BELLIDO, Antonio:

- 1940 *Las primeras navegaciones griegas a Iberia*, «Archivo Español de Arqueología», núm. 41. Madrid.

IMBELLONI, José:

- 1940 *Las profecías de América y el ingreso de Atlántida en la Americanística*, «Boletín de la Academia Nacional de la Historia», t. XII, páginas 115-148. Buenos Aires.

LE DANOIS, Edouard:

- 1940 *El Atlántico. Historia y vida de un océano*. Buenos Aires. (Traducción de: «L'Atlantique». París, 1938.)

LUCE, J. V. :

- 1969 *Lost Atlantis. New light on an old legend*. Nueva York-St. Louis-San Francisco.

MENGHIN, Osvaldo F. A.:

- 1958 *El diluvio bíblico a la luz de la ciencia moderna*, «Revista de la Universidad de La Plata», núm. 3. (Apartado, 16 pp.) La Plata.

MEREZKOVSKY, Dimitri:

- 1944 *Atlántida-Europa* Buenos Aires. (Traducc. de «Das Geheimnis des Westens. Atlantis-Europa». Leipzig, 1929.)

ORTA NADAL, Ricardo:

- 1968 *El panorama mental de la Protohistoria en José Imbelloni*, «Cuadernos de Antropología». Univ. Nac. del Litoral, Facultad de Filosofía. Rosario.

POISSON, Georges:

- 1945 *L'Atlantide devant la science. Etude de préhistoire*. París.

SARMIENTO DE GAMBOA, Pedro:

- 1906 [1572]. *Historia del Imperio de los Incas*. Berlín.

SCHOBINGER, Juan:

- 1949 *Las primeras navegaciones de los griegos; su contribución a la*

ampliación de los conocimientos geográficos y al nacimiento de la ciencia geográfica. 22 páginas mecanografiadas. (MS inédito.)

SCHULTEN, Adolfo:

1945 *Tartessos*. 2.^a ed. Madrid.

SPANUTH, Jürgen.

1953 *Das enträtselte Atlantis*. Stuttgart. (Hay traducción española: *La Atlántida (en busca de un continente desaparecido)*. Prólogo y traducción del Dr. E. Ripoll. Barcelona, 1959.) (Ver también, del mismo: *Und doch: Atlantis enträtselt*. Stuttgart, 1955.)

UEHLI, Ernst:

1957 *Atlantis und das Ratsel der Eiszeitkunst*. 2.^a ed. Stuttgart.

VIVANTE, Armando e IMBELLONI, José:

1939 *Libro de las Atlántidas*. Buenos Aires.

ZYHLARZ, E.:

1970 (Trabajo en prensa sobre el origen de los libios, en «Acta Praehistórica». Buenos Aires.)

Textos platonianos principalmente utilizados: *Timeo*. Trad., prólogo y notas por Francisco de P. Samaranch. Ed. Aguilar. Buenos Aires, 1963. *Critias* (igual que el anterior). *Fedón*, trad. de Luis Roig de Lluis. Ed. Espasa-Calpe Argentina, Colección Austral (Diálogos, 8.^a ed.). Buenos Aires, 1946. Confrontado con el texto griego, ed. Instituto «Antonio de Nebrija», Introducción, texto y notas de Angel Alvarez de Miranda. Madrid, 1948.